

El Milei de Mayol

Hugo Herrera

Prof. titular, Derecho UDP



Alberto Mayol acaba de escribir un libro sobre Milei. El libro es arriesgado desde el momento en que intenta comprender Argentina, en un instante eufórico. La gobierna un presidente que dice querer destruir al Estado e impulsa grandes reformas.

El libro es una aproximación primera, urgente, a una realidad en evolución. La prosa de Mayol se esfuerza por hacerse cargo de su exuberante objeto. Ha de ir del tranquilo análisis a intentos que no pueden dejar, empero, de hacerse eco del frenesí.

Hay una característica con la que Mayol da. Por alguna extraña razón, el Milei de su ensayo no infunde miedo, pese las eventuales amenazas, perros y motosierra. Hay algo de Milei que evoca a un actor desempeñando su papel. Mayol lo piensa como un niño, golpeado por una infancia dura; un tipo talentoso, provisto del apoyo de su hermana, que hace de especie de sacerdotisa leal, de la cual él viene a ser la fraternal voz.

El libro también brinda orientaciones

teóricas. Atiende a la dificultad de ser a la vez liberal y anarquista. Aquí ve Mayol una contradicción. La política es, sin embargo, hasta cierto punto, ámbito de contradicciones. Ella es arte, precisamente porque se trata, más que de silogismos sin saltos, de vincular opuestos.

El eventual nexo que existe en la cabeza de Milei, entre anarquismo y liberalismo, es una parte llamativa de esas tensiones propias de la política. Incluso cabría esperar que se volvieran, en su caso, aspectos de una política capaz de ciertos logros.

“El único y su propiedad”, de Max Stirner, parece asemejarse al rechazo de Milei al esfuerzo por imponer al individuo reglas generales; por atar al “único” y su interioridad excepcional; por maniatarlo según las normalidades más bien pedestres de la vida de las masas. Ambos son conscientes de la tensión entre la irritación del ser humano con las cortapisas, cedazos, criterios, máximas, reglamentaciones del más variado tipo, que rigen la vida contemporánea, por un lado, y por

otro, las exigencias de una individualidad sincera que no acabe simplemente en la “guerra de todos contra todos”.

¿No es la desconfianza hacia el Estado y sus burócratas la expresión, hasta cierto punto justificada, del rechazo a una tal racionalidad encasilladora y objetivante de lo universal y la acumula-

ción de daños que viene produciendo? La política requiere una renovación de base, si ha de brindar orientación a un mundo masificado en combustión desenfrenada.

Sin embargo, si Milei, o quizás sus se-

guidores más cercanos, se percatasen de que la actividad empresarial a gran escala no emplea una racionalidad distinta que la del burócrata, a saber, la racionalidad “corporativa”, del “administrador”, cuyo modo de operación y efectos destructivos guardan asombrosa cercanía con la del burócrata, cabría esperar que del radical anti-estatista surgiese eventualmente una política más favorable al “único” en todos los frentes.

“Hay algo de Milei que evoca a un actor desempeñando su papel. Mayol lo piensa como un niño, golpeado por una infancia dura”.